
ACTO II.

Salón en la casa del Duque de Friedlandia.

ESCENA PRIMERA.

CRIADOS colocan sillas y extienden alfombras. Aparecen al mismo tiempo el astrólogo SENI, de negro, como un doctor italiano, y vestido algo extrañamente. En medio del salón, y teniendo en la mano una varita blanca, señala con ella á diversos puntos del cielo.

UN CRIADO (Dando vueltas con un sahumador.)— ¡Tomadlo! Acabad pronto. El centinela llama á las armas. No tardarán en llegar.

OTRO CRIADO.—¿Por qué, pues, se ha abandonado el aposento rojo con balcón, que es tan claro?

EL PRIMER CRIADO.—Pregúntalo al matemático. Dice que es aposento de mal agüero.

EL SEGUNDO CRIADO.—¡Majaderías! Esto es burlarse de la gente. Una sala no es más que una sala. ¿Qué misterio ha de haber en un lugar cualquiera?

SENI. (Con gravedad.)—Hijo mío, nada es insignificante en el mundo. Lo primero y lo principal, en todos los negocios del orbe terrestre, es el lugar y la hora.

EL TERCER CRIADO.—Déjalo, Nathaniel. Nuestro mismo amo hace cuanto él quiere.

SENI. (Contando las sillas.)—¡Once! ¡Número funesto! Po-

ned doce sillas. Doce signos tiene el Zodiaco, cinco y siete. Doce está compuesto de números sagrados.

SEGUNDO CRIADO.—¿Qué tenéis que censurar al once? Quisiera saberlo.

SEÑ.—Once son los pecados. Diez son los mandamientos.

SEGUNDO CRIADO.—¿Cómo? Y ¿por qué llamáis sagrado al número cinco?

SEÑ.—Cinco componen el alma humana. Como el alma humana es una mezcla de bueno y de malo, así el número cinco está formado del par y del impar.

PRIMER CRIADO.—¿Qué locura!

SEGUNDO CRIADO.—¿Vamos, déjalo! Óigolo con placer, porque sus palabras inducen á pensar en varias cosas.

TERCER CRIADO.—¿Fuera! ¡Ya llegan! Por aquí, por esta puerta de escape. (Vanse apresuradamente; Señ los sigue con calma.)

ESCENA II.

WALLENSTEIN.—LA DUQUESA.

WALLENSTEIN.—Decidme ahora, Duquesa: ¿habéis estado en Viena, y habéis visto á la Reina de Hungría?

LA DUQUESA.—Y á la Emperatriz también. Se nos dispuso la honra de besar la mano á ambas majestades.

WALLENSTEIN.—¿Cómo piensan de la venida al campamento, en esta estación de invierno, de mi esposa y de mi hija?

LA DUQUESA.—Obedeciendo vuestras instrucciones, indiqué que tenais ciertos proyectos acerca de nuestra hija, y que deseabais presentarla á su futuro esposo antes de comenzar la campaña.

WALLENSTEIN.—Y ¿se presume quién pueda ser la persona, en quien ha recaído mi elección?

LA DUQUESA.—Tan solo se deseaba que no fuera ni extranjero ni luterano.

WALLENSTEIN.—Y vos, Isabel, ¿qué deseáis?

LA DUQUESA.—Vuestra voluntad, según sabéis, ha sido siempre la mía.

WALLENSTEIN. (Después de un momento de silencio.)—Veamos ahora. Y ¿cómo os recibieron en la corte? (La Duquesa baja los ojos y se calla.) No me ocultéis nada... ¿Como os recibieron?

LA DUQUESA.—¡Oh, esposo mío!... No fué en todo como antes... Ha ocurrido una mudanza considerable.

WALLENSTEIN.—¿Cómo? ¿No os atendieron como la vez pasada?

LA DUQUESA.—No faltaron á las atenciones debidas. La acogida, que me hicieron, fué digna y llena de respeto... Pero, en vez de una familiaridad amistosa y confiada, sólo me mostraron una etiqueta formalista. ¡Ay de mí! Y hasta en la tierna afabilidad que se manifestaba, se descubría más lástima que favor. ¡No! La Princesa, esposa del Duque Alberto, la noble hija del Conde Harrach no... ¡no debía haber sido recibida de este modo!

WALLENSTEIN.—¿Se vitupera acaso mi reciente comportamiento?

LA DUQUESA.—¡Ojalá hubiera sido así!... Acostumbrada estoy largo tiempo hace á disculparos, á responder con dulzura, á apaciguar los ánimos irritados... No; nadie os censura... Parece que envuelve á todos un silencio tan abrumador como solemne. ¡Ay de mí! No se trata ahora de ninguna mala inteligencia ordinaria, de ninguna susceptibilidad pasajera... Algo, por desgracia irreparable, ha sucedido... La Reina de Hungría solía llamarme antes su amada prima, y abrazarme al despedirse.

WALLENSTEIN.—¿Y ahora no?

LA DUQUESA. (Enjugando sus lágrimas después de una pausa.) — Me abrazó sólo al despedirme; y cuando me dirigía hacia la puerta, se acercó á mí como si se acordara por casualidad de hacerlo, y me oprimió contra su pecho, movida más bien de tristeza que de cariño.

WALLENSTEIN. (Cogiéndole la mano.) — ¡Cobrad ánimo!... ¿Y Eggenber, y Lechtenstein, y los demás amigos?

LA DUQUESA. (Sacudiendo la cabeza.) — A ninguno vi.

WALLENSTEIN.—¿Y el Embajador, el Conde español, que antes hablaba tanto en mi favor?

LA DUQUESA.— Su lengua ha enmudecido por completo.

WALLENSTEIN.— Puesto que el sol no nos alumbra, ha de brillar en adelante nuestro propio fuego.

LA DUQUESA.—¿Y será cierto, por ventura; será cierto, querido Duque, que de lo mismo de que se habla en voz baja en la corte, se habla aquí á gritos?... lo que el Padre Lamormain indicó...

WALLENSTEIN. (Con precipitación.) — ¿Lamormain? ¿Qué dice?

LA DUQUESA.— Se dice que habéis abusado de los plenos poderes que os confirieron, y que no habéis hecho caso alguno de importantes órdenes imperiales. Los españoles, el orgulloso Duque de Baviera están furiosos... Os amenaza una tempestad, mucho más terrible que aquella otra que descargó sobre vos en Ratisbona. Se habla, dice... ¡ay de mí!... no me atrevo á...

WALLENSTEIN.— ¡Veamos!

LA DUQUESA.— De una segunda... (Se detiene.)

WALLENSTEIN.— Segunda...

LA DUQUESA.— Y más vergonzosa cada.

WALLENSTEIN.— ¿Eso se dice? (Paseándose agitado.) ¡Oh! Me obligan, me arrastran violentamente contra mi voluntad.

LA DUQUESA. (En ademán suplicante.) — ¡Oh! si es tiempo todavía; oh esposo mío; si es posible evitarla con sumisión y condescendencia... ceded... rechazad las sugerencias de vuestro orgulloso corazón, porque se trata de vuestro señor y Emperador. ¡Oh! No toleréis que la infame calumnia manche vuestros leales propósitos con sus alusiones envenenadas y odiosas. Con la fuerza victoriosa de la verdad confundid á los mentirosos y calumniadores. Poese son nuestros amigos verdaderos, ¡bien lo sabéis! Nuestra rápida elevación ha concitado contra nosotros el odio de los hombres... ¿Qué somos si la gracia del Emperador nos abandona?

ESCENA III.

LOS MISMOS.— LA CONDESA DE TERZKY, que trae á LA PRINCESA de la mano.

LA CONDESA.— ¿Cómo, hermana? ¿Ya tratando de negocios y, según observo, no gratos, antes de alegrarse con su hija? Los primeros instantes corresponden al placer. He aquí tu hija, Duque de Friedlandia. (Tecla se acerca á él vacitante, é intenta inclinarse sobre su mano, pero él la recibe en los brazos, y permanece algún tiempo contemplándola.)

WALLENSTEIN.— ¡Sí! Risueñas son ahora mis esperanzas. Ella es ahora para mí prenda de mayor ventura.

LA DUQUESA.— Tierna niña era todavía cuando os separasteis de ella para organizar el grande ejército del Emperador. Después, cuando regresasteis de la campaña de Pomerania, estaba ya en el convento, en donde ha vivido hasta ahora.

WALLENSTEIN.— Mientras nosotros cuidábamos en los

campos de batalla de aumentar su grandeza, y de adquirir para ella la más alta dicha de la tierra, la próspera naturaleza ha trabajado en su favor en los tranquilos claustros del convento; y liberal con sus dones, la ha dotado de bienes celestiales, prodigándole la belleza para prepararla á un destino brillante y realizar mis deseos.

LA DUQUESA. (A la Princesa.)—¿No habrías conocido á tu padre, hija mía? Apenas contabas ocho años cuando lo viste la última vez.

TECLA.—Sin embargo, mamá, según me parece en este instante, mi padre no ha envejecido... Su imagen, tal como yo la veía, está ahora presente á mis ojos sin la más leve alteración.

WALLENSTEIN. (A la Duquesa.) — ¡Linda niña! ¡Qué delicada y qué sensata en sus observaciones! ¡Mirad! Me encolerizaba contra mi suerte, por haberme rehusado un hijo, heredero de mi fortuna y de mi dicha, que, en orgullosa descendencia de príncipes, prolongase mi existencia, ¡ay de mí! demasiado breve. Pero yo era injusto con ella. Aquí, en estas sienes puras y juveniles quiero yo depositar mis bélicos laureles, y no los tendré por perdidos si los trueco algún día en regia diadema, para ceñir con sus lazos tan bella frente. (Estréchala entre sus brazos cuando entra Piccolomini.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — MAXIMILIANO PICCOLOMINI. — Poco después EL CONDE TERZKY.

LA CONDESA. — Aquí viene el paladín que nos protegió.

WALLENSTEIN. — Te doy la bienvenida, Maximiliano. Siempre has sido tú para mí mensajero de alguna nueva plá-

cida; y, como lucero de buen agüero de la aurora, siempre me traes el sol de la vida.

MAXIMILIANO. — Mi General...

WALLENSTEIN. — Hasta ahora ha sido el Emperador quien te ha recompensado por mi mano; hoy es tu deudor un padre feliz, y el Duque de Friedlandia ha de pagar esta deuda.

MAXIMILIANO. — Mi Príncipe, os habéis apresurado á pagarla. Vengo lleno de vergüenza y aun de dolor, porque apenas acabo de llegar y entregaros á la madre y á su hija, cuando me enviáis de vuestra rica caballeriza un tren soberbio de caza para premiar mis servicios. Pero ¿se trata sólo de un trabajo, de un cargo obligatorio para mí? No; de un favor que acepté sin vacilar, y que agradezco con todo mi corazón... ¡No; nadie podría pensar que la comisión, que se me confiaba, sería mi más completa ventura! (Entra Terzky y entrega al Duque unas cartas, que éste abre con precipitación.)

LA CONDESA. (A Maximiliano.) — ¿Paga él vuestro trabajo? Os hace participe de su alegría. Bien está que penséis con tanta delicadeza; pero mi cuñado, por su parte, ha de mostrarse siempre magnánimo y como corresponde á su rango.

TECLA. — Yo hubiera debido también dudar de su amor, porque sus manos bondadosas me han adornado antes que me hablara su corazón paternal.

MAXIMILIANO. — Sí; su destino es dar siempre y hacer á todos felices. (Cogiendo la mano de la Duquesa, y con creciente entusiasmo.) ¿Qué no le debo yo?... ¿Cómo expresar tampoco lo que es y significa para mí este caro nombre de Friedlandia? Cautivo he de ser suyo, mientras viva... porque con él ha de madurar para mí todo bien y toda esperanza... El destino, como en mágica prisión, ha encadenado á este nombre mi suerte.

LA CONDESA. (Que ha observado al Duque, mientras tanto, y visto la impresión que le han hecho las cartas.) — Mi hermano quiere estar solo. Vámonos.

WALLENSTEIN. (Que se vuelve con prontitud, se repone y habla tranquilo á la Duquesa.) ¡Seáis de nuevo la bien venida á este campamento, oh Princesa! Sois la huésped de esta corte... Tú, Maximiliano, desempeña también ahora tu antiguo cargo, mientras yo ejerzo los de mi mando. (Maximiliano no Piccolomini ofrece el brazo á la Duquesa, y la Condesa se lleva á la Princesa.)

TERZKY. (Hablando á Maximiliano.)—No dejéis de asistir á la junta.

ESCENA V.

WALLENSTEIN. TERZKY.

WALLENSTEIN. (Profundamente absorbido en sus pensamientos.) —Lo ha visto bien... Así es, y concuerda admirablemente con las demás noticias... Han tomado, pues, en Viena su última resolución, la de nombrarme un sucesor. Y es Fernando, el rey de Hungría, el hijo joven del Emperador, su salvador ahora, el nuevo astro que se levanta. Creen haber hecho ya bastante en mi favor, y hay quien nos herede como á un muerto. ¡No hay tiempo, pues, que perder! (Al volverse ve á Terzky, á quien da una carta.) El Conde Altringer se disculpa, y Gallas también... y esto no me agrada.

TERZKY.—Y mientras tú sigues vacilando, se van uno tras otro.

WALLENSTEIN.—Altringer ocupa los pasos del Tirol, y he de enviarle uno, para que no deje salir á los españoles de

Milán... Ahora bien, Sesina, el antiguo confidente de nuestros asuntos, ha reaparecido de nuevo. ¿Qué nueva nos trae del Conde Thurn?

TERZKY.—El Conde te participa que ha visitado en Halberstadt al Canciller sueco, puesto que se había fijado esa ciudad para la entrevista; pero dice que está cansado, y que no quiere tratar contigo más.

WALLENSTEIN.—¿Cómo así?

TERZKY.—Que no eres formal en tus tratos; que intentas burlarte de los suecos, unirte con los sajones contra ellos, y despacharlos al fin con una cantidad despreciable.

WALLENSTEIN.—¡Diantre! ¿Creerá acaso que hé de robar para él algún rico territorio alemán, y que nosotros, al fin, siendo los señores, no hemos de permanecer en nuestros propios dominios? ¡Fuera, fuera! No necesitamos tales vecinos.

TERZKY.—Y si se les concediera ese pedazo de tierra, ¿perderías quizá lo tuyo? ¿Qué te importa cuando, pague quien pague, tú ganas siempre en el juego?

WALLENSTEIN.—¡Fuera, fuera con ellos!... Tú no entiendes esto. No ha de decirse de mí que yo he desgarrado la Alemania, y vendíola al extranjero para conservar lo mío. El imperio ha de honrarme como á su protector; y mostrándome magnánimo como un príncipe, quiero tomar asiento dignamente entre los príncipes del Imperio. No se ha de creer que por mi causa eche raíces en este territorio ningún poder extranjero, y menos que otros esos godos, raza hambrienta, que contempla con ojos rapaces nuestra bienaventurada tierra alemana. Han de ayudarme en mis planes, y sin embargo, nada obtendrán por su parte.

TERZKY.—¿Pero intentas conducirte honrosamente con los sajones? Pierden ya la paciencia, porque siempre caminas por sendas torcidas... ¿Qué significan todos estos disfraces? ¡Habla!... Los amigos vacilan, y no saben qué

pensar de tus... Ni Oxenstiern, ni Arnheim, ni ninguno sabe cómo explicarse tus dilaciones. Al fin, yo paso por un farsante, porque todo se pone en mi conocimiento. Ni siquiera tengo cuatro letras de tu mano.

WALLENSTEIN.—Ya sabes que á nadie entrego escrito alguno mío.

TERZKY.—Y ¿en qué se conoce tu formalidad, si las palabras no están de acuerdo con los hechos? Di tú mismo, desde que negocias con el enemigo, y haya sido cualquiera el resultado, se desprende otra consecuencia de tu conducta que la de haberte burlado de ellos.

WALLENSTEIN. (Después de una pausa, y mirándolo con insistencia.)—Y ¿de dónde sabes que yo no me haya propuesto otro fin que mofarme de ellos? ¿que no haya querido burlarme de todos vosotros? ¿Tan bien me conoces acaso? No tengo noticia de haberte revelado nunca cuál fuese mi pensamiento... El Emperador, es verdad, no me ha tratado bien... Si yo quisiera, podría hacerle mucho daño. Me alegra la idea de mi poder; y si deseara apelar á él, creo que ni tú ni ningún otro adivinará cuál sea mi propósito.

TERZKY.—¿De modo que no has hecho hasta ahora otra cosa que jugar con todos nosotros?

ESCENA VI.

Los mismos, é ILLO.

WALLENSTEIN.—¿Cómo va eso? ¿Están ya preparados?

ILLO.—Los encontrarás dispuestos á complacerte. Conocen las pretensiones del Emperador y la ira los ahoga.

WALLENSTEIN.—¿Qué me dices de Isolani?

ILLO.—Tuyo es en cuerpo y alma, desde que te hiciste cargo de sus deudas.

WALLENSTEIN.—¿Y Colalto? ¿Tienes confianza en Deodati y Tiefenbach?

ILLO.—Lo que Piccolomini haga, harán ellos también.

WALLENSTEIN.—¿Crees tú, pues, que puedo contar con ellos?

ILLO.—Si estás seguro de los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—Como de mí mismo. Nunca me abandonarán.

TERZKY.—Quisiera yo, sin embargo, que no te fiasés mucho de ese zorro de Octavio.

WALLENSTEIN.—Enséñame tú á conocer los míos. Diez y seis veces he estado con el más viejo en campaña... y... además, he hecho sacar su horóscopo... Hemos nacido bajo el mismo signo... y en fin... (Misteriosamente.) su suerte está unida á la mía. Si tú puedes decirme lo mismo de los otros...

ILLO.—Todos están unánimes en que no cedas el mando. Según he oído, han acordado enviarte una comisión.

WALLENSTEIN.—Si yo he de obligarme con ellos, es menester que ellos se obliguen conmigo.

ILLO.—Es natural.

WALLENSTEIN.—¿Me prometerán, bajo juramento y por escrito, obedecerme en todo sin condiciones?

ILLO.—¿Por qué no?

TERZKY.—¿Sin condiciones? El servicio del Emperador, los deberes para con la patria se sobrepondrán siempre á todo.

WALLENSTEIN (Sacudiendo la cabeza.) Ha de ser sin restricciones. Ha de ser sin reserva alguna.

ILLO.—Una idea se me ocurre... ¿No nos da un banquete esta noche el Conde Terzky?

TERZKY.—Sí, y están invitados todos los generales.

ILLO. (A Wallenstein.)—Dime, ¿me das tus plenos poderes? Yo haré que los generales se obliguen como tú deseas.

WALLENSTEIN.—Que se obliguen por escrito. El cómo queda á tu elección.

ILLO.—¿Y si te traigo, autorizado con su firma, el pacto de todos los jefes de seguirte ciegamente?... ¿Querrás al fin entonces decidirte, y asegurar la fortuna con resolución?

WALLENSTEIN.—Tráeme su promesa escrita.

ILLO.—¡Reflexiona en lo que haces! Tú no puedes acceder al deseo del Emperador... ni consentir que esos regimientos se junten con los españoles... único medio de que el poder se escape para siempre de tus manos. Tampoco puedes burlarte del Emperador y de sus órdenes formales, ni buscar evasivas y temporizaciones, rompiendo abiertamente con la corte. ¡Decidete, pues! ¿Quieres anticiparte osado á los sucesos? ¿Quieres, vacilando, exponerte al mayor riesgo?

WALLENSTEIN.—No es tan fácil apelar al último extremo.

ILLO.—¡Oh! Aprovechate de la ocasión antes que se escape. El instante crítico y decisivo de la vida pocas veces se presenta. Cuando es preciso tomar una determinación, muchas circunstancias favorables se reúnen... y los hilos de la dicha se muestran después aislados y dispersos, así como las ocasiones, que sólo se conciertan en un punto imperceptible de la vida, formando rarísimo núcleo. Mira cuán perentorio y solemne es el momento presente... Los generales del ejército, los más distinguidos, junto á tí, su real Generalísimo, esperan una señal tuya... ¡Oh! ¡No consentas que se separen unos de otros! ¡Nunca jamás, en todo el curso de la guerra, los tendrás tan unánimes! Las más fuertes oleadas son las que arrastran desde la orilla al pesado bajel... y el ánimo acrece en particular á cada uno cuando la corriente de la muchedumbre se lo lleva. Tuyos son ahora, tuyos son aún. La guerra los dispersará pronto en las más opuestas direcciones. El espíritu, que anima á

la generalidad, se desvanece al soplo de las preocupaciones y de los intereses privados. Quien hoy, impulsado por irresistible fuerza, se olvida de sí mismo, al verse solitario, será más prudente, sentirá mejor su impotencia, y pronto volverá á la calle ancha y trillada del deber común, para buscar á su abrigo su salvación.

WALLENSTEIN.—Todavía no ha sonado la hora.

TERZKY.—Así dices siempre. ¿Cuándo llegará esa hora?

WALLENSTEIN.—Cuando yo lo diga.

ILLO.—¡Oh! Mientras esperas la hora de las estrellas, pasa la de la tierra. Créeme, en tu pecho giran los astros de tu dicha. Fiáte de tí mismo; la resolución es tu astro benéfico. El maléfico, el único que te perjudica, es la duda.

WALLENSTEIN.—Tú hablas á tu manera. ¿Cuántas veces no te lo he dicho!—A la hora de tu nacimiento, Júpiter, el planeta lleno de luz, estaba en su ocaso, y no te es dado penetrar ciertos misterios. Sólo á la tierra puedes tú mirar ciego, sólo su oscuridad, sólo lo subterráneo, y así son los colores y la apariencia pálida de la vida que columbras. Tú puedes ver lo terrestre y lo más común, y enlazar entre sí las cosas próximas con más ó menos discreción; y, en cuanto se refiere á ellas, te creo, y me inspiras confianza. Pero lo más importante, lo misterioso, se mueve y se desarrolla en lo más profundo de la naturaleza. La serie de los espíritus, que desde el polvo de este mundo ascienden en mil formas hasta los astros, esa serie en torno de la cual giran subiendo y bajando los poderes celestiales, derramando su influencia... los círculos encerrados en los círculos, que dan vueltas más ó menos cerca del sol central... sólo los ven los ojos, sólo los ven los claros ojos de los hijos de Júpiter, de los tranquilos hijos de la luz. (Después de pasearse por la escena, se detiene y prosigue.) Los astros del cielo no dan sólo nacimiento al día y á la

noche, á la primavera y al estío... ni indican sólo al labrador la época de la siembra y de la recolección. También los actos humanos son una semilla de los sucesos, esparcida en el terreno oscuro de lo porvenir, entregada, llena de esperanzas, al poder del azar. Necesario es, por tanto, conocer cuándo llega el período de la sementera, y la hora crítica señalada por los astros, inquirirla en los signos del Zodiaco, para que el enemigo de su prosperidad y desarrollo no se oculte en sus rincones. Dejádme, pues, el tiempo. Vosotros haced lo que os corresponde. Aun no puedo decir ahora lo que intento; pero no cederé. No; yo no. Tampoco llegarán hasta el extremo de deporarme... Tened, por tanto, confianza...

UN AYUDA DE CÁMARA. (Que entra.)—Los señores generales.

WALLENSTEIN.—Que entren.

TERZKY.—¿Quieres que todos pasen?

WALLENSTEIN.—No es indispensable. Los dos Piccolomini, Maradas, Butler, Forgatsch, Deodato, Caraffa é Isolani pueden entrar. (Sale Terzky con el ayuda de cámara.)

WALLENSTEIN. (A Ilo.)—¿Has hecho espíar á Quenstenberg? ¿No ha hablado con ninguno en secreto?

ILO.—Lo he observado sin descanso. No ha hablado mas que con Octavio.

ESCENA VII.

Los MISMOS.—QUESTENBERG, los dos PICCOLOMINI, BUTLER, ISOLANI, MARADAS, y otros tres generales que entran. A una señal de Wallenstein, Questenberg toma asiento enfrente de él, y los otros después, según su categoría. Por un instante reina profundo silencio.

WALLENSTEIN.—A la verdad, he oído ya el objeto de vuestra misión, oh Questenberg, y he meditado acerca de ella. Mi resolución está tomada, y no pienso mudarla. Conviene, sin embargo, que los generales escuchen de vuestros labios cuál es la voluntad del Emperador. Dignaos, por consiguiente, exponerla ante estos nobles jefes.

QUESTENBERG.—Pronto estoy; pero os suplico que tengáis en cuenta que no es mi osadía la que habla, sino el poder soberano y la dignidad imperial.

WALLENSTEIN.—Suprimid el exordio.

QUESTENBERG.—Cuando S. M. el Emperador nombró generalísimo de su valeroso ejército al Duque de Friedlandia, coronado de gloria y peritísimo en el arte de la guerra, lo hizo en la deseada seguridad de que la fortuna de las armas se trocara rápida y favorablemente. Todo ocurrió al principio conforme á sus deseos, porque Bohemia se vió libre de sajones, sin miedo ya á las victorias de los suecos... y estos países respiraron con holgura, cuando el buque obligó á las tropas enemigas, dispersas en toda la Alemania, á reunirse en un solo punto, y al Ringrave, Bernardo Barner, Oxenstiern y hasta al mismo Rey, nunca vencido, á decidir la contienda en la terrible y sangrienta batalla de Nüremberg.

WALLENSTEIN.—Al grano, si os parece.

QUESTENBERG.—El nuevo Generalísimo infundió en todo nuevo espíritu. No ya la ira ciega peleaba con otra ira aun más ciega, porque en lid, no confusa, se observó que la firmeza se oponía á la osadía, y que la prudencia causaba á la bravura. En vano se le provocaba á la pelea; él se fortificaba más y más en sus posiciones, como si hubiese de permanecer en ellas perpetuamente. Al fin, desesperado el Rey, quiso dar el asalto, y arrastró á sus huestes á la batalla, diezmadas por el hambre y por la peste, y muriendo lentamente en un campamento lleno de cadáveres. Rompiendo por las trincheras, detrás de las cuales millares de cañones vomitan la muerte, intenta el Invencible abrirse paso á la fuerza. Entonces hubo un ataque y una defensa como jamás vieron los hombres. Al cabo, el Rey se llevó sus tropas destrozadas del teatro de la lucha, sin haber ganado un palmo de terreno, después de sacrificar tantas víctimas.

WALLENSTEIN.—Omitid, si os place, esas narraciones de gaceta, puesto que nosotros asistimos horrorizados á los hechos que contáis.

QUESTENBERG.—El objeto de mi misión, el motivo en que se funda, es la censura, pero mi corazón se regocija dilatándose en larga alabanza. En el campamento de Nuremberg dejó el Monarca sueco su gloria, y su vida en las llanuras de Lützen. Pero ¿quién no sorprende que el Duque de Friedlandia, después de jornada tan famosa, huyese como vencido hacia Bohemia, desapareciendo del teatro de la guerra, mientras el joven héroe de Weimar penetraba sin resistencia en la Franconia, abriéndose paso hasta el Danubio, y presentándose de improviso en Ratisbona con grande horror de todos los buenos católicos? Entonces el benemérito Príncipe de Baviera, en el más amargo trance, pide pronta ayuda, y envía el Emperador

al Duque siete correos á caballo, rogándole que lo socorra, cuando podía ordenárselo como su soberano; ¡siempre inútilmente! El Duque, en tan supremo instante, obedece tan solo á su rencor y antiguo odio, y sacrifica el bien común al placer de vengarse de un inveterado enemigo. ¡Y por esta causa sucumbe Ratisbona!

WALLENSTEIN.—¿De qué tiempo se habla, Maximiliano? Yo no me acuerdo de esto.

MAXIMILIANO.—Alude á la época en que estábamos en Silesia.

WALLENSTEIN.—¡Ya, ya sé! Y ¿qué nos proponíamos hacer allí?

MAXIMILIANO.—Expulsar á sajones y suecos.

WALLENSTEIN.—¡Es verdad! Olvidaba toda la guerra al escuchar esa relación. (A Questenberg.) Podéis continuar.

QUESTENBERG.—Quizás se hubiese podido obtener á orillas del Oder lo que tan vergonzosamente se había perdido en las del Danubio. Esperábanse maravillas por esta parte, puesto que mandaba allí en persona el Duque de Friedlandia, el único rival de Gustavo... habiendo de pelear con un Thurn y con un Arnheim. Y, en efecto, acercáronse uno á otro pero como amigos, como huéspedes. La Alemania entera suspiraba bajo el peso de la guerra, pero la paz reinaba en el campamento del Duque.

WALLENSTEIN.—Algunas batallas sangrientas no han tenido otro objeto, que adornar con los laureles de la victoria á un general joven. La ventaja que tiene á su favor un capitán veterano, es la de no estar obligado á pelear para probar al mundo que sabe el arte de vencer á su enemigo. De poco me servía emplear mi buena fortuna contra un Arnheim. Mi moderación era mucho más útil á Alemania, si habiese logrado, como deseaba, romper la perjudicial alianza de sajones y suecos.

QUESTENBERG.—Pero no lo conseguisteis, y de aquí que

comenzara de nuevo la encarnizada pelea. Entonces justificó otra vez el Príncipe su antiguo renombre. El ejército sueco hubo de deponer las armas en Steinau, vencido sin batallar... Y entonces, entre otros, la justicia de Dios nos entregó al antiguo promovedor de esta contienda, á la antorcha maldita del cielo de esta guerra, á Matías Thurn, para que sufriera el castigo merecido... Pero cayó en manos generosas, recibió premio en vez de pena, y el Príncipe despidió, cargado de dones, al enemigo mortal de su Emperador.

WALLENSTEIN. (Sonriéndose).—Sé, sé... que en Viena se habían alquilado ventanas y balcones para verle pasar en la carreta de los condenados á muerte... Podría haber perdido vergonzosamente la batalla, pero no se me perdona en Viena el haberla privado de este espectáculo.

QUESTENBERG.—Libre estaba la Silesia, y todo llamaba al Duque á la oprimida Baviera. Púsose, en efecto, en marcha... y con el mayor sosiego atravesó la Bohemia por el camino más largo. Sin embargo, antes de haber encontrado al enemigo, se vuelve rápidamente, toma sus cuarteles de invierno, y agobia con el ejército del Emperador el territorio imperial.

WALLENSTEIN.—Encontrábase el ejército en la situación más deplorable, víctima de todas las necesidades y de todos los males... y el invierno se acercaba. ¿Qué idea se ha formado el Emperador de sus tropas? ¿No somos hombres nosotros? ¿No sentimos el frío y la humedad, y estamos sujetos, como mortales, á todas las flaquezas humanas? ¡Triste suerte la del soldado! Si se acerca, se huye de él; si se retira, se le maldice. Ha de tomarlo todo por sí; nada se le da, y obligado cada día á agenciarse lo que necesita, sólo sirve de espantajo. Pero aquí están mis generales Caraffa, Conde Deodati, Butler, decidle cuántas pagas se adeudan á las tropas.

BUTLER.—Hace un año que no nos pagan.

WALLENSTEIN.—Es preciso dar su sueldo al soldado, porque así lo dice su nombre.

QUESTENBERG.—Muy distinto es esto de lo que el Príncipe decía hace ocho ó nueve años.

WALLENSTEIN.—Sí, mía es la culpa, lo sé bien, porque he enseñado malas costumbres al Emperador. ¡Indudablemente! Nueve años hace, cuando la guerra con los daneses, que organicé para el servicio de S. M. un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres, que no le costaban nada de su tesoro... La furia de la guerra se desencadenó en el círculo de Sajonia, y llevó hasta las márgenes del Belt el nombre del Emperador. ¡Pero aquel tiempo era otro! En todos los estados del Imperio, ningún nombre tan honrado y celebrado como el mío, y Alberto Wallenstein era la tercera joya de la corona imperial. Pero en la Dieta de los Príncipes, en Ratisbona, todo esto desapareció. Entonces se hizo público y notorio de qué bolsa había yo sacado el dinero. Y ¿cuál fué mi recompensa, cuando yo, fiel servidor de los Príncipes, cargué sobre mí con la maldición de los pueblos... y los Príncipes hubieron de pagar esta guerra, que sólo había engrandecido al Emperador? ¿Cuál? Yo fui sacrificado á sus quejas... y al fin depuesto.

QUESTENBERG.—Vuecencia sabe perfectamente cuánta libertad hubo de faltarle en esa Dieta desdichada.

WALLENSTEIN.—¡Muerte y condenación! Yo disponía de medios suficientes para darle esa libertad... No, señor; desde que tan mal me fué por haber servido al trono á costa del Imperio, he cambiado de opinión en cuanto al último. Indudablemente me ha dado el Emperador este bastón de mando. Lo llevo como general del Imperio en beneficio de todos, para procurar el bien común, no ya para la ventaja de uno solo. Al grano, pues. ¿Qué es lo que se pretende de mí?

QUESTENBERG.—Lo primero que desea S. M., es que el ejército deje á Bohemia sin tardanza.

WALLENSTEIN.—¿En la presente estación del año? Y ¿á dónde se quiere que vayamos?

QUESTENBERG.—En busca del enemigo. S. M. desea también que, antes de Pascuas, Ratisbona se vea libre de sus invasores, para que en su catedral no prediquen los luteranos; que los murmullos de la herejía no manchen el lustre de fiesta tan solemne.

WALLENSTEIN.—¿Es esto posible, generales?

ILLO.—¡Imposible!

BUTLER.—No puede ser.

QUESTENBERG.—El Emperador ha dado orden al coronel Suiz de marchar hacia Baviera.

WALLENSTEIN.—Y ¿qué ha hecho Suiz?

QUESTENBERG.—Su deber, marchar.

WALLENSTEIN.—¿Cómo? Y ¿yo, su jefe, le ordené expresamente no moverse de las posiciones que ocupaba? ¿No depende de mí? ¿Tal es la obediencia que se me debe, y sin la cual no hay que pensar en la guerra? ¿Sed vosotros jueces, mis generales! ¿Qué pena merece el oficial que, faltando á su juramento, quebranta las órdenes de sus superiores?

ILLO.—¡La muerte!

WALLENSTEIN. (Levantando la voz, al observar que los demás callan pensativos.)—¿Qué merece, conde Piccolomini?

MAXIMILIANO. (Después de una larga pausa.)—Con arreglo á la letra de la Ordenanza, la muerte.

ISOLANI.—¡La muerte!

BUTLER.—La muerte, según el derecho militar.

(Questenberg se levanta, luego Wallenstein, y después todos los demás.)

WALLENSTEIN.—¡La ley lo condena, pues, no yo! Y si yo le perdono, es por la consideración debida á mi Emperador.

QUESTENBERG.—Siendo así, nada más tengo que decir.

WALLENSTEIN.—Yo acepté el mando sólo con ciertas condiciones. La primera, que nadie, ni aun el mismo Emperador, podría mandar en el ejército con perjuicio mío. Si yo aventuro en este cargo mi honor y mi cabeza, yo debo ser dueño de mis acciones. ¿Cuál es la causa de que ese Gustavo haya sido irresistible y siempre victorioso? El ser rey en su ejército. Un rey, por tanto, un rey, que lo es efectivamente, sólo por otro rey, igual suyo, puede ser vencido. Sin embargo, al asunto. Lo mejor falta todavía.

QUESTENBERG.—El cardenal Infante saldrá en la primavera de Milán, y con un ejército español atravesará la Alemania hacia los Países-Bajos. Y, para que camine seguro, quiere S. M. que le acompañen ocho regimientos de caballería de estas tropas.

WALLENSTEIN.—Pienso, pienso. Ocho regimientos... ¡Bien, bien discurredo, Padre Lamormain! Si esta idea no revelase la peor intención, se inclinaria cualquiera á creer que habia de calificarse de estúpida. ¡Ocho mil caballos! Si, sí! está bien; ya lo veo venir.

QUESTENBERG.—Ningún misterio hay en eso escondido. Lo aconseja la prudencia, la necesidad lo exige.

WALLENSTEIN.—¿Cómo, señor enviado? ¿No he de comprender que están ya hartos de ver en mis manos el poder y su afilada cuchilla, que se aprovecha con ansia este pretexto, y se utiliza el nombre español para disminuir mis tropas, y para introducir en el Imperio otros elementos de fuerza que no me obedecen? Soy todavía demasiado poderoso para que se prescinda de mí por completo. Mi contrato reza que han de estar bajo mis órdenes todos los ejércitos imperiales, en todo el territorio en que se hable el alemán. Nada expresa relativo á tropas españolas é infantiles, que han de viajar por él como huéspedes... Así, en silencio, y olvidando tales compromisos, se me debilita

poco á poco, después se me reduce á la impotencia, hasta formarme un proceso más breve... ¿Para qué tantos rodeos, señor Ministro? Lo mejor es el camino derecho. Fatiga ya al Emperador el pacto celebrado conmigo. Le agradaría que yo lo quebrantase. Quiero, pues, complacerlo; era negocio resuelto antes que vinieseis. (Nótase un movimiento entre los generales, que va siempre creciendo.) Lo siento por mis jefes. No sé cómo se reintegrarán de los gastos ya hechos, ni cómo obtendrán su merecida recompensa. Un nuevo generalísimo trae hombres también nuevos, y los servicios antiguos envejecen pronto. Hay en el ejército muchos extranjeros, porque yo no pregunto su genealogía al valiente y al experto. Tampoco le pregunto cuál es su catecismo. ¡No será así en adelante! Pero... esto no me importa. (Se sienta.)

MAXIMILIANO.—Librenos Dios de llegar á ese extremo!.. El ejército entero, al saberlo, se levantará lleno de ira... Se abusa del emperador, pero eso es imposible.

ISOLANI.—No puede ser, porque todo se vendría abajo hecho pedazos.

WALLENSTEIN.—Así será, fiel Isolani. El edificio construido por nosotros con tanto cuidado, se convertirá en un montón de ruinas. Sin embargo, no faltará otro general ni otro ejército en favor del Emperador, cuando el tambor suene.

MAXIMILIANO. (Preocupado, yendo apasionadamente de uno á otro, é intentando aplacarlos.) ¡Escuchadme, mi general! ¡Oídme, capitanes! Aplacaos por Dios, digno Príncipe! No resolved nada hasta que celebremos un consejo, y expongamos todos nuestra opinión... Venid, amigos míos. Espero que todavía es tiempo de arreglar esto.

TERZKY.—¡Venid, venid! En la antesala encontraremos á los demás. (Vanse.)

BUTLER. (A Questenberg.)—Si aceptáis un buen consejo,

evitad mostraros en público en estos instantes, porque vuestra llave de oro no os salvaría de algún tropiezo.

(Óyese fuera bullicio.)

WALLENSTEIN.—El consejo es bueno... Octavio, tú te encargas de la seguridad de nuestro huésped. Adiós, señor de Questenberg... (Éste intenta hablar.) Nada, nada de tan odioso asunto. Habéis cumplido vuestro deber. Sé distinguir al hombre de su cargo.

(Cuando Questenberg intenta salir con Octavio, entran Gotz,

Tiefenbach y Colalto, seguidos de otros comandantes.)

GÖTZ.—¿En dónde está el que á nuestro General...

TIEFENBACH. (Al mismo tiempo.) Lo que hemos de sufrir nosotros, tú antes...

COLALTO.—¡Viviremos con él y con él moriremos!

WALLENSTEIN. (Señalando á Ilo con respeto.)—El Feldmarsiscal conoce perfectamente cuál es mi voluntad.